

RAÚL ARREOLA CORTÉS. CONVERSACIÓN CON UN HISTORIADOR NICOLAITA

José Napoleón Guzmán Ávila



Conocí al Dr. Raúl Arreola Cortés en 1982. Recién había concluido mi tesis de licenciatura en Historia y él, en ese entonces funcionario de la Secretaría de Educación Pública, tuvo la gentileza de buscarme para hacerme una serie de comentarios y observaciones en relación con mi trabajo referente a las inversiones extranjeras en Michoacán, durante el régimen porfirista. Ese fue el principio de una relación que con el tiempo se convirtió en una sólida y entrañable amistad. Al

concluir su gestión como rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en 1986, decidió radicar de manera definitiva en la ciudad de Morelia. Era un deleite visitarlo y conversar en torno a diversas temáticas; comprendí entonces al historiador, al funcionario, al literato.

En su libro *Sonido de las islas*, supe de las andanzas y sinsabores de un niño que aunque nacido en el norte del país, en la Estación Ortiz, Chihuahua, adoptó a Pátzcuaro como su ciudad. Un día decidió emigrar a Morelia, acababa de cumplir los quince años de edad. No

había concluido sus estudios primarios, aunque su madre lo inició en textos de autores españoles y en fragmentos de literatura francesa. En la Escuela Técnica Industrial "Alvaro Obregón" aprendió el oficio de impresor y con el paso del tiempo logró adquirir su propia imprenta, lo que le permitió publicar un buen número de libros y revistas de corte histórico y literario. Pero lo que él deseaba era proseguir con sus estudios, decidió entonces inscribirse en la Escuela Normal de Morelia; quería ser profesor y mostraba especial inclinación por la historia. Posteriormente, cumplió otros ciclos académicos hasta convertirse en un reconocido historiador, con una obra consistente, al grado de reconocérsele como una referencia obligada de la historiografía michoacana.

Autor de las *Obras Completas de don Melchor Ocampo*; biógrafo de Epitacio Huerta, el gobernador michoacano de mediados del siglo XIX; estudioso de nicolaitas distinguidos como Ignacio Chávez, Samuel Ramos, Salvador Franco López y Gabino Fraga Magaña, entre otros. También se ocupó de escritores como Miguel N. Lira y Alfredo Maillefert y fue editor de *Cuadernos de Literatura Michoacana*, al igual que responsable de publicaciones periódicas como *Cantera* y *Pliego*. Debe subrayarse además, que formó parte del Consejo Editorial de *Tzintzun*. Revista de Estudios Históricos. El 18 de octubre del 2000 falleció en la ciudad de Morelia, dos semanas antes me había concedido una interesante entrevista que reproducimos en este número, como un reconocimiento al investigador que dejó su huella en Michoacán.

En primer lugar, muchas gracias por la oportunidad que me brinda de platicar con usted. En su curriculum vitae se asienta que nació en Parral, Chihuahua, aunque su pueblo adoptivo es Pátzcuaro, Michoacán. ¿Qué nos puede decir al respecto ?

Siempre consideré a Pátzcuaro como mi tierra. Yo no nací en Parral, Chihuahua, tengo a la vista el acta de nacimiento que saqué el año antepasado, con motivo de una visita que hice a Chihuahua para escribir mi libro sobre el "Padre de la Patria", al que titulé *Hidalgo en Chihuahua. El sacrificio del héroe*. Entonces fuí a Parral, no lo conocía,

en el Registro Civil encontré el acta de mi nacimiento, dice que nací en la estación Ortiz de Chihuahua a las 6 de la mañana del día 16 de noviembre de 1917. Habla de mis padres: Raúl, hijo legítimo del exponente, es decir de mi padre, que se registra como un hombre de 26 años, militar, originario de Ario de Rosales, Michoacán y su esposa Guadalupe Cortés, nativa de Ecuandureo, Michoacán, de 17 años de edad. Así que el lugar de mi nacimiento es una estación de ferrocarril que ya no existe. En esta estación de ferrocarril, según supe por voz de mis padres, en el momento en que estaba naciendo estaban atacando las fuerzas de Francisco Villa y tuvieron que enganchar el carro y salir de la estación Ortiz. De todas maneras, no sé si fue en la estación Ortiz o en otro lugar, por eso he dicho recientemente en Pátzcuaro, cuando me otorgaron la presea "Vasco de Quiroga", que había nacido en el torbellino, en el aire, y que por lo tanto, mi tierra, mi tierra en verdad era Pátzcuaro. Yo llegué a Pátzcuaro en brazos de mi madre y salí de ahí cuando acababa de cumplir los 15 años. En el *curriculum vitae* faltan tal vez fechas de las primeras partes de mi vida; ahí digo que nací en Parral, porque en Parral está el acta de nacimiento y el acta de bautismo -también la encontré en esa ocasión. Cambié de adopción a Pátzcuaro, siempre dije que era de Pátzcuaro: en mi acta de matrimonio, cuando me casé en 1944; en el nacimiento de mis hijos, en todos los casos está escrito que soy de Pátzcuaro, sigo queriendo a esa ciudad como si fuera mi tierra.

Al leer su libro Sonido de las Islas, recientemente publicado, nos enteramos de su infancia y juventud en la ciudad de Pátzcuaro. Cuando usted dejó Pátzcuaro y se trasladó a Morelia, ¿qué fue lo que le impulsó a ingresar a la Escuela Normal de Morelia, que entonces dependía de la Universidad Michoacana?

Hay un lapso bastante considerable entre mi llegada a Morelia y mi ingreso a la Escuela Normal. La educación primaria la recibí en Pátzcuaro y en Morelia; en Pátzcuaro estudié en el Colegio del Sagrado Corazón y en la Escuela Federal "Fray Martín de la Coruña", pero por un error de trámite no terminé la primaria en esta última sino en

la Escuela Técnica Industrial “Álvaro Obregón” en Morelia, que fue donde vine a estudiar y ahí aprendí el oficio de impresor. Transcurrieron cinco años desde mi llegada a la ciudad de Morelia y mi ingreso a la Escuela Normal, es decir, un lustro que empleé en adquirir mi oficio de impresor; en trabajar en algunas imprentas de la ciudad, regresar a la misma imprenta de la “Álvaro Obregón” como jefe de taller, participar en movimientos de carácter social y sindical. Organicé un sindicato de impresores, del que fui secretario general, también fui secretario del Comité Local de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo. Después participé en las tareas de organización de la Confederación de Trabajadores de México, de la CTM, cuando se estableció la Federación de los Trabajadores de la CTM en Michoacán; soy de los fundadores de la CTM en Michoacán. Pasaron cinco años entre la Escuela Técnica Industrial “Álvaro Obregón” y mi ingreso a la Escuela Normal.

A la Escuela Normal ingresé atraído por la carrera del magisterio, que ha sido una de las vocaciones que he tenido desde chico, aparte de la de escritor. Ingresé a la Escuela Normal de Morelia, que era entonces una dependencia de la Universidad Michoacana, en el año de 1938, a primero de secundaria. En aquel tiempo no había educación secundaria en Morelia, los estudios de secundaria se hacían en la Normal o en alguna otra institución, pero no había secundarias públicas, mucho menos escuelas para trabajadores como existen ahora, que yo hubiera aprovechado para hacer mi secundaria mientras desempeñaba todas mis tareas de carácter sindical. Llegué a Morelia en 1933, hasta 1938 ingresé a la Escuela Normal, aunque seguí trabajando en las organizaciones obreras; todavía en 1939 estaba en las organizaciones obreras.

Después vino una etapa importante en su vida: su ingreso al Bachillerato en Ciencias Sociales, en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo. ¿Qué recuerdos tiene de aquella época?

Mi paso por el Colegio de San Nicolás fue muy breve. De hecho, me revalidaron los estudios que tenía realizados en la Escuela Nor-

mal, ya me había titulado de profesor. Fue en 1948, tenía ya varios años de trabajar, había sido incluso director de la Escuela Normal, era maestro y subdirector de la propia escuela. Solicité la revalidación de estudios de la Universidad y me revalidaron gran parte de las materias de la Normal, que equivalían al bachillerato. Lo único que hice ahí para completar fueron dos o tres materias y así obtener el bachillerato en Ciencias Sociales.

¿Cómo se dio su incorporación a la Facultad de Altos Estudios "Melchor Ocampo"?

El tener mi bachillerato en Ciencias Sociales y además mi propio título de maestro, me daba la facilidad de ingresar a la Facultad. Cuando se creó la Facultad, en su reglamento se estableció que las personas que tuvieran título de la Escuela Normal podían ingresar, es decir, que era equivalente al bachillerato. Aparte yo llevaba mi bachillerato en Ciencias Sociales, pero mi ingreso a la Facultad de Altos Estudios se debió a que tenía deseos de realizar una carrera académica en la Universidad, una carrera universitaria. Quería superarme pero ninguna de las carreras que ofrecía la Universidad Michoacana me gustaba; no hubiera sido de ninguna manera un buen ingeniero, un buen médico ni tampoco un buen abogado, que eran las carreras públicas que existían entonces.

Al crearse la Facultad de Altos Estudios y ofrecerse la oportunidad de estudiar historia, inmediatamente me inscribí. Mi matrícula, mi credencial de alumno, debe ser la primera o la segunda, tan pronto se abrió la inscripción ingresé a la Facultad de Altos Estudios. Se iniciaron las clases en la Facultad, tuvimos en el primer año algunos maestros muy buenos: el maestro (José Luis) Balcárcel, Juan Brom, que nos daba Historia Universal y otros maestros que iniciaron la Facultad. Después se fue enriqueciendo la planta de maestros: tuve algunos muy destacados, recuerdo con mucha claridad las clases del maestro (Eli) de Gortari, que eran muy buenas; las clases del maestro Jaime Labastida, que eran muy interesantes; las de la doctora Teresa Rhode, que eran verdaderas exposiciones. De estas clases sacaba yo

notas, apuntes, y después los transformaba en textos. La Dra. Rhode me los pidió después para revisarlos y apoyarse en sus actividades escolares. Los encontró completamente bien, mis textos eran bastante amplios, sobre todo el que se refería a la historia de las culturas antiguas, que para mí fue muy provechoso.

Otros maestros contribuyeron a mi formación en la Facultad. Desde luego la Facultad tenía muchas deficiencias: carecía de un presupuesto adecuado, de un edificio propio, no tenía biblioteca aceptable -se estaba apenas formando-, debe comprenderse que era una institución que apenas empezaba. Cuando una institución empieza lo hace con muchos tropiezos, con muchas dificultades, que la Facultad logró superar y al final tener una planta de maestros, de doctores muy famosos: el Dr. Soto, el Dr. (Arturo) Menéndez, gentes muy capaces, como el mismo director de la Facultad, el Dr. Rafael de Buen. Creo que la Facultad hubiera sido una de las dependencias más destacadas de la Universidad si no la hubieran cortado apenas cuando tenía cuatro años de fundada. La suprimieron y yo fui el único que terminó su carrera; terminé mis estudios en el año de 1965 y en el año de 1966 fui nombrado, al principio del año, catedrático de la propia Facultad, a petición de los mismos alumnos; hubo una consulta de alumnos y maestros y fui nombrado maestro de la Facultad de Altos Estudios. Tenía en verdad una carga académica equivalente a maestro de tiempo completo, tenía siete materias en la Facultad, que impartía desde muy temprano para no desatender mis actividades en la Escuela Normal, como no las desatendí. De tal manera que todas las tardes las dedicaba a mis clases de la Facultad y muy temprano, antes de entrar a mis tareas de la Escuela Normal, daba mis clases en la Facultad.

Doctor, nos ha comentado usted acerca de sus actividades como profesor. ¿Recuerda algunos de sus compañeros de la Facultad?

Como estudiantes sucedió lo que ocurre en las instituciones que inician. Al principio son muchos los que se inscriben y se van separando, van desertando, de tal manera que del grupo inicial que hubo en la Facultad, muy pocos continuaron hasta el final. Me acuerdo de

algunos de mis compañeros, desde luego, pero estos compañeros por una causa o por otra se quedaron retrasados en algunas materias. Cuando yo fui maestro de la Facultad algunos de los que habían sido mis compañeros fueron mis alumnos; recuerdo a Luis M. Campos, Lelia Próspero.

En 1940 participó en el Proyecto Tarasco de Paracho, dirigido por el Dr. Maurice Swadesh. ¿En qué consistió su participación?

Ese proyecto estaba apoyado por la Dirección de Asuntos Indígenas; era un proyecto muy amplio que contemplaba una serie de publicaciones a cargo del Centro de Estudios que dependía del programa. El Dr. Swadesh hizo varias propuestas para la representación de sonidos propios del idioma tarasco; pensaba con estos tipos hacer una imprenta. Transformó las máquinas de escribir de tal manera que reprodujeran esos signos; era un proyecto interesante que abarcaba no solamente la publicación de textos, periódicos, revistas, folletos de divulgación científica e histórica, sino también transmisiones por radio, que entonces eran muy escasas, pero que sirvieron mucho, lo mismo que una tarea de alfabetización que se echó a cuestras. Tenía el Proyecto Tarasco una serie de maestros, dos de ellos bilingües, que ayudaron mucho al Dr. Swadesh. Desgraciadamente no se continuó, pero dejó huellas muy importantes, sobre todo en la Meseta Tarasca.

En torno a este proyecto, el Dr. Swadesh tenía un grupo de amigos, personas con las que compartía ideas, con las que platicaba, y entre ellas estaban: Ludwig Renn, escritor alemán que estuvo en la Universidad Michoacana; los profesores José Corona Núñez y Tomás Rico Cano; el dirigente obrero José Montejano y otros amigos, entre ellos yo. Cuando se formalizaron una serie de cursos, a la manera de lo que fue después el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, se procuró darles a los maestros bilingües participantes en el Proyecto Tarasco una preparación en diversas materias, que desde luego no estaban a su alcance, que no las tenían muy bien arraigadas; se hizo un plan de estudios y en éste había Historia Universal, Historia de México, Historia del Movimiento Obrero, Español, materias de ca-

rácter literario. Los cursos se repartieron entre los maestros y a mí me correspondió dar uno de Historia de México. De tal manera que en 1940 estaba yo cursando en la Escuela Normal el primer año profesional y las vacaciones las pasé en Pátzcuaro, enseñando a los maestros Historia de México.

A usted se le reconoce como uno de los principales biógrafos de Melchor Ocampo. Alguna vez me he preguntado qué fue lo que lo motivó a estudiar a ese distinguido reformista, ¿fue el hecho de que la Facultad de Altos Estudios llevara su nombre?

No, desde mucho antes que existiera la Facultad, yo estaba interesado en el estudio de Ocampo. En varias ocasiones estuvieron a punto de ser publicadas las Obras Completas de Don Melchor Ocampo, bajo mi dirección. En el periodo del rector (Alfredo) Gálvez Bravo se hicieron intentos serios por publicarlas; logré recopilar mucho material y el rector compró una microfilmadora con la que microfilmé gran parte del archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Desgraciadamente los rollos de este microfilm se perdieron, pero se alcanzaron a copiar a máquina gran parte de esos materiales. Después, el doctor Eli de Gortari anunció en una sesión de Consejo Universitario que se publicarían las Obras Completas de Don Melchor Ocampo, coordinadas por mí. Posteriormente, el doctor Chávez, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, también tenía el propósito de editarlas, también bajo mi responsabilidad. En ese asunto intervino muy de cerca don Jesús Silva Herzog, amigo mío, que fue el conducto para llegar al doctor Chávez. Tengo cartas de Silva Herzog donde me comunica que estaba acordada ya por el doctor Chávez la publicación de las Obras Completas de Ocampo, pero la salida de éste de la rectoría truncó este propósito. Así que es una antigua, muy antigua afición. Debo decirle que mi tesis de licenciatura versa sobre la obra de Ocampo, porque la conocía; estaba encaminado yo hacia ese tipo de estudios y me propuse analizar la obra científica y literaria de don Melchor Ocampo.

¿Cuándo decidió continuar sus estudios de maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México?

Fue una decisión que tomé desde un principio, presenté mi examen de licenciatura cuando la Facultad de Altos Estudios "Melchor Ocampo" había sido clausurada. El último maestro que estaba haciendo las veces de director era la doctora Teresa Rhode, ella me alentó para que hiciera mi examen profesional. Tenía mi tesis ya elaborada, dictaminada, y vinieron dos maestros de la Facultad de Filosofía y Letras de México (Arturo Faugle y Enrique Mendoza) a integrar el jurado que presidió la maestra Rhode. En esa forma me titulé a finales del año de 1966 e inmediatamente me fui a la ciudad de México. Me entregaron mi título muy pronto, insistí en que me lo entregaran pronto, lo llevé a la Facultad de Filosofía y Letras y en el mes de diciembre de ese año quedé inscrito como alumno de la Maestría.

Para obtener su grado de maestría preparó un trabajo sobre Epitacio Huerta, ¿qué fue lo que le atrajo de este personaje, que usted ha denominado "soldado y estadista liberal"?

Bueno, Epitacio Huerta a mí me ha parecido siempre una figura muy importante. Recuerdo que en las ediciones de Cuadernos de Cultura Popular que publicó la Secretaría de Educación Pública, siendo subsecretario de Acción Cultural don Mauricio Magdaleno y colaboradores de él José Revueltas y Marco Antonio Millán, me invitaron para que escribiera algunos Cuadernos. Escribí tres que fueron publicados por la Secretaría de Educación Pública, uno de ellos fue sobre Melchor Ocampo, en el que insistí; el otro en torno al poeta moreliano Jesús Sansón Flores, que acababa de fallecer en Mexicali, Baja California, y que consideraba necesario rendirle un homenaje; el tercero fue sobre Epitacio Huerta, la primera publicación que se hizo sobre este personaje dado que antes no se había publicado ningún trabajo en relación con Epitacio Huerta, salvo artículos muy aislados. Después seguí trabajando sobre él y resultó mi tesis de maestría, que me fue revisada y asesorada por una persona a quien le debo gran

parte de mi formación en la Facultad de Filosofía y Letras, un gran amigo, del que fui después auxiliar y a su muerte me quedé con sus cátedras, me refiero al maestro Martín Quirarte. Él revisó mi tesis de maestría y fue miembro del jurado; fue una gente que me orientó bastante e influyó mucho en mi formación de historiador. Era un gran historiador y su pérdida nunca se lamentará suficientemente. Otros maestros de la Facultad fueron también decisivos en mi formación: Josefina Vázquez, que entonces era Josefina Vázquez de Knauth, una gran maestra; Carlos Bosh García que fue también mi maestro y muchos otros. Puedo decir con orgullo que obtuve en mis estudios de maestría y doctorado las máximas calificaciones, tengo a la vista para quien quiera verlas, mis calificaciones de la Facultad de Filosofía y Letras.

El trabajo referente a Eпитacio Huerta tiene un gran respaldo documental, en particular materiales del Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional. Para nosotros los historiadores fue muy difícil consultar ese repositorio documental. ¿Cómo resolvió ese problema? porque en ese momento tanto el Archivo de la Defensa Nacional como los archivos eclesiásticos prácticamente estaban vedados para los estudiosos de la historia.

Si, así es. El Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional sólo se podía consultar con la autorización expresa del secretario de la Defensa Nacional. Pero en el año de 1972 dirigía un programa de televisión para el Canal 11 del Instituto Politécnico Nacional, en que entrevistaba a personas que opinaban sobre don Benito Juárez. Este programa fue muy popular en México, me abrió muchas puertas. Platicaba con personas tan connotadas como el autor de las Obras Completas de don Benito Juárez, el ingeniero (Jorge L.) Tamayo; el jurisconsulto y maestro Antonio Martínez Báez, el propio maestro Quirarte, (Moisés) González Navarro, Luis González y González, entre otros. Después tuve otro programa también muy popular, en el Canal 13, "La hazaña de México", que asesoraba desde el punto de vista histórico y aparecía en pantalla explicando los episodios que se

iban a presentar. En estos programas duré por lo menos dos años, un año en cada uno. Uno de los entrevistados en el programa de "Presencia de Juárez", fue un general que se llamaba Rubén Darío, no recuerdo el otro apellido, pero era el oficial mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional. A través de él conseguí la orden para consultar el archivo de Epitacio Huerta, que consta por lo menos de unos cuatro gruesos tomos que tuve que consultar apegado a las normas de la SEDENA, que lo obligaba a uno a sacar una copia de la ficha y dársela a ellos, de tal manera que sin copiadora ni nada tenía que estar uno haciendo fichas dobles para entregarlas a la salida. Estuve consultando estos cuatro gruesos tomos de documentos de Epitacio Huerta, bajo la vigilancia de un cabo del ejército que estaba junto a mí en la mesa, vigilando constantemente el manejo que hacía de los documentos. De este modo estudié ampliamente la figura militar de Epitacio Huerta en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Buena parte de su producción tiene que ver con Melchor Ocampo o temas universitarios, aunque también es responsable de obras importantes sobre la Independencia. ¿Influyeron en usted maestros como Antonio Martínez Báez, Ernesto Lemoine Villicaña o algunos más, que en su momento fueron distinguidos maestros de la Universidad Nacional Autónoma de México?

Desde luego, con ellos conservé siempre una gran amistad. Don Antonio Martínez Báez está por cumplir cien años, ya no se le puede hablar, pero lo considero mi gran amigo. Lo mismo sucedía con el maestro Lemoine, él no fue mi maestro en la Facultad de Filosofía y Letras, en ese momento estaba haciendo los estudios de doctorado; me tocó a mí asistir a su examen recepcional como espectador. Después Lemoine fue miembro de mi jurado de doctorado.

¿Quiénes participaron en su examen de doctorado?

El presidente y asesor de la tesis fue don Juan Ortega y Medina, nada menos que esta altísima personalidad de la historia, un gran

maestro; además participaron Moisés González Navarro, Josefina Vázquez, Ernesto Lemoine y algún otro maestro, no recuerdo su nombre, pero doctores todos.

¿Qué recuerdos tiene de la Universidad Nacional Autónoma de México, en ese periodo?

Entonces se trabajaba muy bien, los maestros eran muy puntuales, le dejaban a uno muchos trabajos. Después yo mismo me incorporé al trabajo de la Facultad de Filosofía y Letras, fui cerca de cinco años maestro; primero entré como auxiliar del maestro Quirarte, luego me quedé con sus clases; la de Reforma e Intervención Francesa la tuve a mi cargo. Había la oportunidad de que me dieran más horas de clase, no las acepté. También me ofrecían tiempo completo pero fuera de la ciudad de México, en Cuautitlán Izcalli, tampoco lo acepté.

Como historiador, hay ocasiones en que tiene una cierta predilección por algunos textos. De su vastísima producción, ¿qué obras le han dado mayores satisfacciones?

En mi formación, no sólo como historiador, sino también como maestro de literatura de la Escuela Normal durante 23 años y mi paso por la Normal Superior, he producido obras históricas importantes, entre las cuales destacan las *Obras Completas de Don Melchor Ocampo*, que es de las que yo considero están mejor logradas, sin despreciar ninguna de las otras historias: la *Historia de la Universidad Michoacana*, la *Historia del Colegio de San Nicolás*, que lleva dos ediciones, la monografía de *Morelia*, y algunas otras que me parecen interesantes. Pero al margen de esto, creo que *La Poesía en Michoacán* fue un buen esfuerzo por reunir lo que hasta entonces se encontraba disperso. Parece interesante también mi *Antología de cuentistas michoacanos* y un libro que me llena de emoción, cada vez que lo recuerdo, es el de *Alfredo Maillefert. Soledad y silencio*, éste mereció muchos elogios de la prensa. En su momento, cuando apareció la primera edición de Jus, dijo al-

gún crítico que había cierta afinidad entre él, el autor y el propio Maillfert. Efectivamente existe esa afinidad; yo me he sentido a veces tan provinciano y amo tanto la provincia como lo hizo Maillfert; vivo sumergido en esta magia de la provincia. También mi estudio sobre Miguel N. Lira me parece importante, él fue un poeta tlaxcalteca que trascendió mucho; supo conjugar los elementos de la poesía española con la mexicana y el resultado fue magnífico. Mi libro *Miguel N. Lira. El poeta y el hombre*, es de los trabajos literarios que más estimo.

Usted profesa una profunda admiración por Ignacio Chávez. Recuerdo, por ejemplo, su participación en los eventos conmemorativos del primer centenario de su natalicio e incluso publicó un libro sobre la vida y obra del destacado cardiólogo mexicano. ¿Qué significa para usted Ignacio Chávez?

Traté muy poco al doctor Ignacio Chávez, sin embargo considero que no sólo él sino todo un grupo de nicolaitas que se formaron alrededor o junto con Chávez, son altamente estimables y dignos de estudio. Entre ellos he estudiado a Manuel Martínez Báez, Samuel Ramos y aunque un poco separado de ese grupo, a Salvador Franco López. Me interesa mucho ese momento, esa época de la Universidad Michoacana que para mí es brillante. Es el periodo en que destacan Chávez, Ramos, José Torres Orozco, Isaac Arriaga. Lo mismo que el grupo de Chávez, conformado por Eduardo Villaseñor, Salvador González Herrejón, Antonio Martínez Báez, el propio Rodolfo Chávez, hermano de Ignacio, que fue un gran abogado, aunque opacado por la personalidad del cardiólogo. Estoy por iniciar o ya inicié un trabajo de una familia de nicolaitas ilustres, toda la rama que viene desde Juan Manuel González Ureña y que se prolonga a través de sus hijos: Juan Manuel González Ureña, Luis González Gutiérrez y su nieto, Jesús González Ureña, todos ellos médicos muy famosos. Están vinculados con los Silva, con Manuel Silva y remata con Salvador González Herrejón, que es de esa misma estirpe. Este estudio espero, si es posible, si me alcanza el tiempo, poder terminarlo de aquí al año entrante.

Los universitarios hemos sido testigos del trabajo desplegado por el Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, no queda ninguna duda respecto a la importancia del nicolaitismo, como tradicionalmente se le ha denominado. ¿Qué significa para usted ser nicolaita?

Lo nicolaita, decía el mencionado Ignacio Chávez, es como una cicatriz que se lleva en el alma; como una herida en el alma, de la cual es imposible desprenderse. Es innegable la influencia de San Nicolás en la vida de México. Es un privilegio estar en las aulas del propio Colegio, en las aulas de la Universidad. Muchos no lo entienden, creen que ser nicolaita es simplemente disfrutar de una herencia, de un privilegio. Y es una responsabilidad que obliga a acrecentar la herencia, a ser mejores, más estudiosos, más abocados al estudio y más profundos en el conocimiento de la historia del Colegio y de sus grandes figuras.

Una etapa poco conocida de su vida es cuando fue catedrático de Historia del Teatro, en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Michoacana, incluso es autor de un drama alusivo a Morelos. Sabemos que usted es un fanático del teatro y que con cierta regularidad asiste a representaciones de esa naturaleza. ¿Qué nos puede decir sobre el particular?

Si, ahora está en prensa un libro sobre la historia del Teatro Ocampo, que aparecerá en breve. A mí el teatro me ha atraído; en mis recuerdos de infancia, hablo de que intenté, siendo muy pequeño, escribir una obra sobre Juárez; una obra dramática sobre Juárez. Una maestra me la rechazó porque dijo que no habían sido las cosas como yo decía, que eran de manera diferente y que no tenía ningún valor mi trabajo. Esto me desanimó, sin embargo el "Morelos" fue un intento de hacer teatro de masas, teatro en la calle, teatro público; no en cerrado en un local sino en la calle, participando el pueblo en la propia obra. Tuvo gran éxito el "Morelos", en ese proyecto me alentó mucho un amigo director de teatro y varios otros que colaboraron como bailarines y cantantes: Salvador Próspero cantó en la obra y Josefina Rodríguez del ballet de la Universidad, muchos que después han sido

importantes en la historia del teatro participaron en esta obra. No tuvo continuidad porque realmente me di cuenta que no iba yo por ahí, por la cosa del teatro; se da uno cuenta inmediatamente cuando no puede hacerlo. Escribí una obra de teatro que fue condenada antes de ser conocida; se divulgó la noticia de que había escrito una obra de teatro que se llama "La Fuente Inútil". En ella me refería a los jóvenes universitarios que son muy radicales cuando son estudiantes; que son muy revolucionarios cuando son estudiantes, pero que tan pronto obtienen el título profesional se ponen del lado patronal; médicos que se hacen ricos, médicos de consulta cara, que se olvidan de sus raíces, de su formación. Es una fuente inútil la pérdida de tiempo y esfuerzo con algunas gentes, que no hacen honor a lo que piensan cuando jóvenes. Se debe ser congruente con el pensamiento de la juventud. La época en que yo fui joven no es de ninguna manera la época actual, han cambiado las situaciones sociales y económicas, ha evolucionado la técnica, las comunicaciones, todo; es decir, éste es otro mundo, sin embargo, las raíces fundamentales de mi manera de pensar, las de joven, siguen siendo las mismas.

Usted que ha cultivado diversos géneros literarios, ¿nunca estuvo tentado a hacer una novela histórica?

No, en verdad no. En primer lugar, porque no creo en la novela histórica; no tengo mucha inclinación hacia la novela histórica, a pesar de que admiro obras como la de Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, y otras que me han llamado la atención. Sin embargo, creo que o se hace literatura narrativa, novela o historia. Muchas de las grandes deformaciones que han surgido se deben principalmente a los novelistas que se han metido a hacer historia. Por ejemplo, la figura de Morelos ha sido deformada, se sigue sosteniendo que Morelos fue arriero y que dijo que había nacido en el jardín de la Nueva España. El trabajo del ingeniero Raúl Chávez, que se acaba de publicar, es muy interesante. Establece algunas bases efectivas de la personalidad de José María Morelos, éste nunca dijo que había nacido en el jardín

de la Nueva España, eso lo puso un novelista. Así que yo no creo mucho en la novela histórica: o se hace novela o se ciñe uno a las normas estrictas de la historia.

Aunque el argumento sería que los historiadores somos aburridos y no sabemos divulgar de manera adecuada nuestro conocimiento. En ese sentido se justificarían las novelas históricas.

Entonces hay que mejorar el estilo de los historiadores.

En cuanto a la divulgación de la historia, ¿cuál cree que pueda ser el problema de fondo?

El problema de la falta de lectores entre los jóvenes, que no afecta solamente a la historia sino también a otras materias. Los alumnos no están acostumbrados a leer, es el grave daño que ha hecho la televisión a estas generaciones; están pegados a la televisión que les da cosas ya terminadas, no hacen ningún esfuerzo ni para pensar, ni para imaginarse algo. Es muy distinto a lo que pasaba con las generaciones anteriores, cuando yo era joven. Nosotros leíamos mucho, estábamos apegados siempre a los libros, los comentábamos, los intercambiábamos; sabíamos que era lo último que se publicaba, lo discutíamos, lo analizábamos. A veces éramos tan quijotescos que rompíamos lanzas contra algunos autores que no habíamos entendido cabalmente, pero leíamos, ahora desgraciadamente no se lee ni historia, literatura o biología. Les dejan a los muchachos lecturas para sus tareas y no las realizan; hay una ausencia de lectores. Se necesitaría emprender una campaña seria, a fondo, para reencauzar la inquietud de los jóvenes hacia la lectura, no solamente la lectura de la historia.

A propósito de escritores, usted tuvo oportunidad de conocer a algunos que en su momento visitaron la ciudad de Morelia. En 1972, por citar un caso, la Casa de San Nicolás le publicó un ensayo que lleva por título "Pablo

Neruda en Morelia". ¿Qué impresión le causó este distinguido escritor chileno?

Yo consideré siempre a Pablo Neruda, y lo sigo considerando, como un gran poeta; tengo mi altar de los grandes poetas de todos los tiempos, entre los contemporáneos está Pablo Neruda. Sin embargo, tenía Neruda un defecto, que fue defecto de toda nuestra generación. Nosotros nos formamos en las ideas del marxismo, lo estudiamos, lo leímos hasta donde era posible, y creímos en figuras que nos parecían entonces muy respetables como la de Stalin; mi generación fue stalinista. Yo publiqué en un volumen colectivo mi "Canto a Moscú", que es un poema stalinista. Este poema fue traducido por Ludwig Renn y publicado en la Unión Soviética, no conservo ningún ejemplar sólo los comentarios que hizo la prensa soviética. Neruda se inclinó tanto al lado de Stalin que quedó clasificado como un poeta político, en un momento dado pudo zafarse de ella. Cuando se descubrió todo lo que ahora se sabe de los crímenes horrendos de José Stalin, pierde uno la veneración, el respeto, que se tenía por aquella figura, pero ya no hay manera de rectificar. A Neruda le pasó eso con su "Canto de amor a Stalingrado", su canto de amor a la figura del padrecito Stalin demeritó su obra. Junto a esto tiene cosas extraordinariamente bellas; me sigue pareciendo de lo mejor que ha producido la literatura latinoamericana. Esta posición política de Neruda le trajo muchas dificultades, incluso en su propio país, con el mismo Salvador Allende no coincidían al final a pesar de que los dos eran miembros del Partido Comunista Chileno. Sin embargo, había divergencias entre ellos y fue esa veneración por Stalin la que manchó la obra de Neruda, y la de todos nosotros.

¿Le causa desaliento la posición actual de Cuba?

Un poco, sí.

Usted ha tenido la oportunidad de visitar Cuba en varias ocasiones...

Sí, claro. Pienso que la posición de Fidel Castro sigue siendo la correcta, de no ceder ante el imperialismo norteamericano y evitar que Cuba vuelva a ser lo que era antes de la Revolución Castrista. Con lo que no estoy de acuerdo es con la permanencia de Castro en el poder, creo que desde hace muchos años la Revolución Cubana tiene defensores y elementos capaces; he visto y conversado con muchos dirigentes cubanos y sé que tienen muy arraigada la idea de la Revolución, y que no era necesaria la permanencia de Castro por tanto tiempo. La figura de Castro y de la propia Revolución se está desgastando, él debió retirarse hace tiempo y dejar en manos de gentes jóvenes la defensa de la Revolución; estoy seguro de que lo hubieran hecho muy bien, tal vez mejor que él.

¿Qué opinión le merece la situación actual de México? Desde su perspectiva de historiador, ¿qué piensa acerca de que el país sea gobernado por un presidente de la oposición?

He estado, como muchos, al pendiente de estos procesos. Ésta es la culminación de un proceso muy interesante en que se va formando una conciencia política del pueblo mexicano, como resultado de la labor de historiadores, intelectuales e ideólogos, que han guiado esta opinión pública hasta formarla. El siguiente paso ha sido la alternancia del poder; ¿qué resultados va a dar? No estoy muy seguro de que sea inmediata la recuperación de la democracia, es decir, el establecimiento de la democracia en el país. Creo que éste es un proceso, y apenas estamos en la iniciación. La elección de un presidente de oposición, claro que es importante, pero ahora veamos qué se hace con ese poder, qué beneficios obtiene el pueblo de México, porque si es un cambio de partidos y las cosas siguen igual de desiguales, no tiene caso haber hecho esto. Lo importante es que haya cambios efectivos y profundos en la vida política del país; habrá que estar al pendiente y ver que es lo que sucede. Observar también qué conductas siguen los nuevos gobernantes respecto a esos problemas fundamentales, que no se dejen llevar por el neoliberalismo que fue el rumbo que tomaron

los últimos presidentes del otro partido político. Si toman ese rumbo da lo mismo; no importa la persona que está en el poder, ni tampoco el partido que está en el poder, lo que importa es qué se haga con ese poder.

¿Qué espera del gobierno que va a entrar en funciones, con respecto a la educación?

Creo que va a ser esta la prueba definitiva para el nuevo gobierno. ¿Qué hacer para mejorar la educación del país? Se necesita revisar los tabuladores, los sueldos de los maestros; creo que los maestros merecen sueldos decorosos que no se les han dado, pero no solamente es ése el problema sino también la dedicación que éstos pongan en sus tareas. Si el gobierno logra crear las condiciones suficientes para ese cambio, la educación puede recuperarse. Considero que esa puede ser la obra más meritoria del gobierno de la República.

Entonces, ¿no cree que haya riesgo de que se privatice la educación?

Ese es el peligro. La privatización de la educación es parte de la política neoliberal. Si esta política permanece en el poder, de nada sirve el cambio de personas, ni de partidos; lo que hay que hacer es transformar de fondo la política del país para que esto pueda cambiar, pero será una tarea larga, no creo que en corto plazo se puedan apreciar resultados.

Por último, ¿cómo percibe la vida, luego de haber tenido la oportunidad de viajar por un sinnúmero de países?

Me he interesado mucho por conocer otros medios; hacer comparaciones y conocer los avances que la humanidad ha tenido. No debe uno encerrarse en su propio mundo y pensar que se está en el centro de todas las decisiones. Hay que ver el mundo, acercarse al pueblo, siempre que se pueda. Como turista no se tiene mucha oportunidad, porque en algunos países como México a los turistas les ocultan la realidad; los llevan a ver lo que ellos quieren, pero todo consiste

en darse uno sus mañas; tratar de hablar con la gente lo más que se pueda, observar. Yo, en los viajes que he hecho a través de muchos años, he ido tomando notas; quizá éstas algún día puedan verse y mostrar la inquietud que llevaba al hacer esos viajes, así como los resultados de mis observaciones. Tengo cuadernos llenos de notas, sobre todo de la vida social. Me ha interesado saber el nivel de vida que tiene la gente, no solamente que me lo cuenten, sino ir, ver, darme cuenta. He entrado a los kibuts judíos y he observado como viven los que los habitan. He estado en las comunas chinas y en las casas de los obreros chinos, lo mismo que en las casas de los obreros polacos, tratando de acercarme a ellos y conocerlos mejor. ¿Están mejor que nosotros?, ¿están peor que nosotros?, ¿están de acuerdo con lo que dicen sus gobernantes? He encontrado muchas sorpresas, pero están anotadas todas en esos cuadernos que ojalá algún día puedan publicarse.

